

La calle para el 12 de agosto de 2010
Diario de un espectador
Los tres caballeros
Miguel ángel granados chapa

No fue largo el lapso en que Roberto Cantoral formó Los tres caballeros con Leonel Gálvez y Benjamín Correa, más conocido como Chamín. Unos cinco años duró la aventura, pero fue un periodo pletórico de satisfacciones y triunfos. El trío se deshizo y Cantoral volvió a unirse con su hermano Antonio en un grupo llamado Los plateados de México, que actuó sobre todo en giras internacionales. Su presencia en los escenarios concluyó al morir Antonio Cantoral en 1964. Roberto quedó convertido por un breve tiempo en solista, pero a poco se dedicó únicamente a la composición.

Ya en los años cincuenta había escrito algunas de las canciones que le dieron fama y fortuna. Las dos mayores son El reloj y La barca, que venían en el anverso y el reverso del disco EP (extended play) hecho con el sello Orfeón, interpretado por los Caballeros. Se vendieron miles de ejemplares de ese disco pequeño, de 45 revoluciones por minuto. Y lo mismo aconteció con el LP (long play), de gran tamaño y 33 rpm.

Después del trío, como causa y efecto de su éxito, decenas de intérpretes contribuyeron a la difusión de esas dos canciones emblemáticas. Nadie que fuera joven (desde la adolescencia hasta el medio siglo) en los años cincuenta pudo sustraerse a la fuerza de esos boleros. El propio Cantoral confirió a El reloj una condición especial, al hacerlo perdurar en la fachada de su residencia en la colonia Lindavista, en el norte de la ciudad de México. La pared hace las veces de una partitura con la letra y la música de esa, una de las muchas canciones dedicadas al tiempo, que en este caso se concreta en el aparato con que lo medimos:

“Reloj, no marques las horas, porque voy a enloquecer. Ella se irá para siempre cuando amanezca otra vez. Nomás nos queda esta noche, para vivir nuestro amor. Y tu tic tac me recuerda mi irremediable dolor. Reloj, detén tu camino, porque mi vida se apaga. Ella es la estrella que alumbra mi ser. Yo, sin su amor, no soy nada. Detén el tiempo en tus manos, haz esta noche perpetua, para que nunca se vaya de mí, para que nunca amanezca”.

(Quizá por el éxito de esta canción en que el protagonista es un objeto, Cantoral dedicó sendas canciones a otras cosas, como el teléfono, el candado, el libro. Se entiende que esos objetos son pretexto para contar historias de amor o desamor. Por ejemplo, El teléfono dice así: “Teléfono: no se oye tu llamado; desde hace mucho tiempo enmudeciste. Ya tu ring-ring en mi alma no se escucha; para mi amor por siempre ensordeciste. Quiero comunicarme a su pasado, para hacer revivir mis ilusiones, pero siempre te encuentro descolgado; no quieres ya saber de mis pasiones.

Teléfono: ¡percibo tu llamado!, ¡había esperado tanto este momento!. Pero el número estaba equivocado; fue un espejismo cruel del pensamiento”).

La barca no fue a la zaga de El reloj en difusión:

“Dicen que la distancia es el olvido, pero yo no concibo esta razón, porque yo seguiré siendo el cautivo de los caprichos de tu corazón. Supiste esclarecer mi pensamiento, me diste la verdad que yo soñé, ahuyentaste de mi los sufrimientos en la primera noche en que te amé. Hoy mi playa se viste de amargura, porque tu barca tiene que partir, a cruzar otros mares de locura. Cuida que no naufrague tu vivir. Cuando la luz del sol se esté ocultando, y te encuentres cansada de bogar, piensa que yo por ti estaré esperando, hasta que tu decidas regresar.”